

¡Tuxka!

Ignacio Villagrán

Escribí una vez que una nación no era únicamente el conjunto de personas que vivía en un territorio o hablaba una misma lengua, sino que era, sobre todo, un plural reconfortante, una forma de decir "nosotros".
Bernardo Atxaga.

Hace muchos años, casi tantos como los que tiene el viejo sauce del Molino Bedoya, vivía en el prado del abuelo Elías una colonia de dolkas azules. Nadie recuerda cómo ni cuándo llegaron, ni nadie se explica tampoco por qué aquellos pequeños y vivarachos roedores de piel añil tenían dientes de ratón, cola de ardilla y hocico de conejo.

Los dolkas eran muy distintos al resto de animales del bosque. Además de su facilidad para esconderse entre los zarzales, de poseer un fino oído y estar dotados de unas patas bien adaptadas para trepar por los árboles, habían desarrollado una habilidad muy especial: eran capaces de construir las más seguras y sofisticadas cuevas, lo que les protegía de las lluvias, de los crudos inviernos y de los continuos ataques de rapaces y alimañas. Pero tenían un defecto: no sabían nadar.

En medio del prado se levantaba un pequeño montículo, en cuyo alto se encontraba la Piedra Sagrada, erigida en honor al Dios del Cielo. Ese cielo azul que recordaba al color de su piel. Allá acudían los dolkas, al final de las jornadas, para realizar sus rezos y ofrendas.

Al otro lado de la montaña, en el claro de un bosque de hayas, vivía una colonia de dolkas amarillos. En apariencia, tenían el mismo aspecto que los azules, lo que hacía pensar que procedían del mismo origen, aunque el discurrir del tiempo había contribuido a que se distinguieran tan fácilmente por el

color de su piel; un color amarillo, intenso y llamativo. Pero además, poseían un rasgo que les hacía ser muy diferentes a los azules: no sabían construir cuevas, por lo que establecían sus moradas en los árboles o en lugares inaccesibles, fuera del alcance de sus depredadores. Eso sí, eran unos excelentes nadadores. Y al igual que los azules, tenían también su Piedra Sagrada, un monolito que representaba al Dios del Sol y simbolizaba el color dorado de su piel.

Una primavera llovió tan intensamente que el claro del bosque fue anegado por las aguas. A causa de ello, los dolkas amarillos se vieron obligados a emprender la marcha en busca de otro lugar donde vivir. Cruzaron la montaña y descendieron por la cañada. Y cuando divisaron a lo lejos el prado del abuelo Elías, decidieron que aquella iba a ser su nueva tierra.

Salvados los primeros roces, los dolkas azules terminaron por aceptar la presencia de sus nuevos vecinos. Para diferenciarse unos de otros, los azules pasaron a llamarse celestes y gualdas los amarillos. Y ya se sabe cómo son las cosas: en poco tiempo, el prado se vio repleto de pequeños dolkas verdes que jugueteaban por la hierba, a los que se empezó a llamar familiarmente mestis. La naturaleza, en un gesto de sabiduría y generosidad, quiso que aquellos retoños adquirieran las cualidades de sus progenitores. Así, no sólo heredaron la habilidad de construir cuevas, sino que se desplazaban por el agua mejor que cualquiera de las abundantes truchas que se

criaban por aquel tiempo en el arroyo que bordeaba el prado. Pero además, nacían con un rasgo muy peculiar: su color verde les hacía camuflarse entre la hierba; un detalle vital para su supervivencia.

Un buen día, Ucla, sumo sacerdote de los celestes, ante la proliferación de los mestis, empezó a pensar si aquellos cachorros no estaban poniendo en peligro la integridad de su raza. Se imaginó un prado lleno de dolkas verdes, en el que el azul celeste, ese azul que llevaba brillando durante lustros en su territorio, había desaparecido para siempre. Y esa horrible visión le produjo tal espanto que juró ante la Piedra Sagrada que jamás permitiría que aquello ocurriera. A los pocos días se convocaba el Consejo de Celestes, en donde Ucla expuso sus temores:

—Hemos luchado durante siglos por preservar nuestra identidad, nuestras costumbres —exclamó Ucla—. Y no vamos a consentir que los gualdas terminen con ellas.

—Olvidas que fueron ellos quienes nos ayudaron a traer el progreso al prado —le recordó el anciano Antín.

—Sí, pero ¿a costa de qué?: de perder nuestro color, de destruir la esencia de nuestra estirpe —le replicó Ucla.

—Todos sabemos que el cruce con los gualdas ha sido beneficioso.

—¿Beneficioso? ¿En qué?

—Nuestros hijos nacen verdes. Su color les hace pasar desapercibidos. Gracias a ello tienen más posibilidades de salvar su vida —afirmó Antín.

—¡Su vida, su vida! Prefiero perderla antes de renunciar al color de mi piel —gritó Ucla fuera de sí.

—Nuestros hijos saben nadar —insistía el anciano—. Y eso es lo mejor que nos ha ocurrido en muchos años.

—¿Nadar? ¿Para terminar como esos atolondrados peces que deambulan bajo el agua sin saber qué hacer?

—Pero ya son capaces de cruzar el arroyo —volvió a rebatir Antín—, de explorar nuevos territorios, de encontrar otras formas de sustento.

—No necesitamos explorar nada. ¡Aquí lo tenemos todo! Y todo volverá a ser como era antes de que los gualdas invadieran nuestro territorio —sentenció Ucla.

Aquel sentimiento de rencor y hostilidad se extendió con rapidez, como una virulenta epidemia. Los gualdas empezaron también a ver peligrar la pureza de su color. Konte, venerable pastor, llamó a asamblea a sus hermanos:

—No podemos consentir que los celestes se atribuyan la propiedad exclusiva del prado —aseguró.

—Ésta es nuestra tierra —afirmó uno de los presentes.

—Cometimos un tremendo error —se lamentó Konte—. Nunca debimos mezclarnos con ellos.

—Ya no vale lamentarse —apostilló otro.

—Es cierto —dijo Konte—. Pero aún estamos a tiempo. El prado es grande y...

—¿Qué quieres decir? —le preguntaron.

—Que ya es hora de que tomemos una decisión. Establezcamos nuestro propio territorio, como lo hacen todos los animales del bosque. ¿Por qué íbamos a ser nosotros diferentes? Fundemos nuestra Patria, tracemos nuestras fronteras.

—¿Qué será entonces de nuestros retoños? —exclamó una madre angustiada—. ¡Mi hijo es mesti!

—No os preocupéis —le respondió Konte—. Los mestis permanecerán a vuestro lado.

La convivencia se agravaba día a día. Desapareció la armonía que había reinado hasta entonces y el ambiente se hizo cada vez más hostil. Los aconte-

cimientos terminaron por precipitarse. Tras duras e intensas negociaciones, gualdas y celestes llegaron a un acuerdo, a un drástico y penoso acuerdo: dividir el territorio en dos mitades.

Más de seis semanas se emplearon en abrir un ancho canal que atravesaba el prado de lado a lado. Fruto de las desavenencias, la Piedra Sagrada quedó en medio de ambos territorios. Después, fue desviado el cauce del arroyo, que terminó cubriendo el canal. Las dos partes quedaron así divididas por las aguas. Familias enteras sufrieron la separación y el destierro. Y el prado quedó sumido en la más absoluta desolación.

Pero pronto afloraron las consecuencias: a comienzo del deshielo el arroyo, forzado en su descenso, buscó otros cauces y terminó aislando el prado del resto del bosque. Los celestes vieron cómo la crecida de las aguas ocasionaba continuas riadas, lo que obligaba a emplear a fondo a los mestis en la reconstrucción de cuevas. En el territorio de los gualdas, una extraña enfermedad empezó a secar nogales, encinas y avellanos. En poco tiempo, los escasos árboles que aún quedaban sanos no daban abasto para cubrir las necesidades alimenticias de toda la colonia. Hubieron de ser los mestis quienes, cruzando a nado las turbulentas aguas del arroyo, se adentraron en el bosque en busca de víveres.

Ante aquella situación, un grupo de mestis de uno y otro territorio decidió intervenir. Una noche, mientras todos dormían, salieron del poblado y se reunieron en el islote de la Piedra Sagrada. Allí tomaron la determinación de asumir el destino de su pueblo proclamando, al grito de ¡Tuxka!, lo que iba a dar lugar a un hito en la vida de los dolkas: la rebelión de los mestis. A la mañana siguiente iniciaron una huelga indefinida. Los de un lado se negaron a cruzar el arroyo; los del otro dejaron de construir cuevas. De inmediato comenzaron a sentirse los efectos. Y así fue como, en pocos días, gualdas y celestes tuvieron que claudicar ante las exigencias de los mestis; ante lo que constituía una justa y legítima reivindicación: la reunificación de ambos territorios.

La firma del acuerdo tuvo lugar bajo la Piedra Sagrada, una soleada mañana de otoño, y se estampó sobre una corteza de naranjo, símbolo del mestizaje. Luego se recuperó el primitivo cauce del arroyo y se rellenó de tierra el canal, que volvió a reverdecer con un fino y tupido césped.

Olvidaba decirte, hija, que Ucla y Konte fueron confinados en lo alto de la montaña. Se les habilitó dos cuevas, separadas entre sí por una enorme roca. Allí vivieron hasta el final de sus días, soñando con sus delirios de patrias, de razas y de colores. Y viendo cómo, en el verde prado del abuelo Elías, una numerosa colonia multicolor convivía en paz, entregada al quehacer diario por la prosperidad y dicha de su pueblo.

